

Fantasma en el castillo tenebroso

Liliana Cinetto

Ilustraciones de Anabella Albanese





Querido diario:

5

Estoy tan emocionado... Es que hace muchísimo tiempo que no ocurría nada extraordinario en el castillo. Bueno, en realidad, hace mucho tiempo que no ocurría nada de nada. Los días aquí son iguales, idénticos unos a otros. Y taaaaan aburridos. Es cierto que no estoy solo. Sin embargo, mis compañeros son unos pesados. Los que no apestan están apolillados. Los que no se quejan por todo se la pasan de malhumor. Y los que no andan enojados o resentidos no quieren cambiar ni de peinado. Por eso ninguno acepta hacer algo diferente que vaya en contra de las antiguas tradiciones y costumbres. Quizás porque son mayores que yo. Siempre se oponen a cualquier propuesta que les hago porque las consideran demasiado modernas, inmaduras

o incluso peligrosas. Como aquel día que quise festejar el cumpleaños de Ludovico, el más viejo de nosotros, y encendí dos mil ochocientas veinticuatro velas. Casi le quemo la barba e incendio los sillones del salón. O cuando quise organizar un torneo de bolos y, por culpa de mi mala puntería, revoleé los huesos de Petronio. Ellos dicen que solo se me pueden ocurrir a mí semejantes desastres porque soy benjamín. Aclaración: no me llamo Benjamín, sino Archivaldo Arnaldo Anastasio Aníbal Álvarez Alameda. Y soy un fantasma.



Querido diario:

Como te contaba antes de que se me acabara la tinta, soy Archivaldo Arnaldo Anastasio Aníbal Álvarez Alameda. Nombres horribles, ya lo sé. En la época en que nací se acostumbraba a llamar al bebé como el padre, el abuelo, el bisabuelo, el tatarabuelo y... Y así fue como recibí un nombre peor que el otro. Por suerte, casi todos me conocen como Archi.

Volviendo a lo que te contaba, me aburro TERRIBLE-MEN-TE en el castillo. Por suerte, cierta vez, deambulando de acá para allá, descubrí un lugar maravilloso: la biblioteca. Una biblioteca con cientos, miles de volúmenes polvorientos con historias increíbles. Me encantaron en especial las de aventuras, las de piratas, las de viajes a través del tiempo o a lugares raros como el centro de la Tierra o la Luna. Empecé a leer de todo. Y leer me ayudó a soportar las horas, los días, las semanas, los meses, los años... que llevo en este sitio.



Querido diario:

Es probable que de alguna de mis lecturas haya surgido la idea de empezar a escribir un diario. Lo hago a escondidas, cuando mis compañeros no me ven, porque me criticarían por mil razones. Así que si alguno anda cerca, dejo de escribir. Claro que, como no viajo a lugares increíbles, ni conozco piratas, ni vivo aventuras, hasta ahora no había tenido nada interesante para contar. Por eso, mis primeras anotaciones fueron:

Querido diario:

Me aburro.

Querido diario:

Me aburro más.

Querido diario:

Llueve.

Querido diario:

Llueve a cántaros.

Hasta hoy... Hoy todo cambió después de los ciento cincuenta y ocho años, dos meses, tres semanas, cuatro días y media hora que llevo atrapado entre estos muros, en estos salones silenciosos, en este viejísimo castillo. Porque hoy aparecieron ELLAS.



Ya estaban ahí, en ese lugar horrible. Cuando se enteraron, habían pataleado, protestado, suplicado... Porque los padres de Luci y Romi habían tomado la decisión sin consultarles a sus hijas.

Las chicas habían sospechado que no podía ser nada bueno lo que iban a decirles cuando un mes atrás su mamá había pronunciado la famosa frase:

—Hoy a la noche, reunión familiar.

“Reunión familiar” solo significaba una cosa: pésimas noticias. Así había pasado cuando les comunicaron la decisión de no tener perro, algo que las dos pedían desde que habían aprendido a hablar (y a pedir perro). Lo mismo había ocurrido los años en los que no había alcanzado el dinero para vacaciones y habían tenido que conformarse con ir a la pileta del club del barrio. Y, por supuesto, siempre había reunión familiar a la noche cuando la

directora del colegio los citaba por el cuaderno de comunicaciones para contarles que ellas habían...

Es que Luci y Romi eran un poquito traviesas. O bastante. Y solían meterse en líos. Y aunque a veces no estaban de acuerdo en todo (como sucede con los hermanos) eran inseparables y se apoyaban, en especial, si había problemas.

12 Como aquella noche de la reunión familiar cuando escucharon ESO. Primero las dos se quedaron con la boca abierta sin reaccionar. Después la cerraron, pero solo para gritar al mismo tiempo:

—¿Que vamos a qué?!

—Hijas, la situación económica está complicada. Esta es una gran oportunidad para mí —les explicó el papá—. Además, mamá puede seguir ilustrando libros y mandar su trabajo por internet.

—Tal vez ahora se pongan tristes —agregó ella—, pero estoy segura de que les va a encantar este cambio. Y como justo terminan las clases, tenemos tiempo de encontrar un nuevo colegio.

Luci y Romi no pensaban lo mismo.

—No es justo. Nosotras tenemos que dejar la escuela a la que vamos desde jardín —protestó Luci y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y a nuestros amigos —agregó Romi enojadísima. El llanto y las quejas fueron inútiles.

Un mes después la familia se mudó a lo que las chicas consideraban un pueblucho cuyo nombre ni siquiera recordaban y que quedaba en el medio de la nada.

El trabajo de su papá consistía en remodelar un castillo viejísimo y convertirlo en un hotel cinco estrellas, con salones para eventos, como casamientos, congresos, convenciones...

Vivirían en un antiguo caserón alquilado por la empresa que había contratado al padre y que, por supuesto, a las chicas no les gustó ni medio.

—Debe haber cucarachas del tamaño de un dinosaurio —dijo Luci con cara de asco.

—O dinosaurios —refunfuñó Romi.

Mientras se acomodaban en la nueva casa, el papá les advirtió que no se acercaran al castillo.

—Está muy venido abajo, sobre todo el ala derecha que es la más vieja. Así que puede ser peligroso. Ni se les ocurra ir. Y no hagan caso de lo que escuchan o les digan las personas del pueblo.

—¿Qué nos pueden decir las personas del pueblo? —preguntaron las chicas intrigadas.

—Que en el castillo hay fantasmas.
Luci y Romi se miraron. Y fue entonces cuando decidieron ir al castillo.



Querido diario:

Antes de hablarte de ELLAS, y para que comprendas mi entusiasmo, tengo que explicarte algunas cosas. No es fácil ser un fantasma. Lo de atravesar paredes, aparecer y desaparecer, asustar a los humanos, incluso volar, y otras habilidades que algunos tenemos pueden sonar divertidas. Sin embargo, los fantasmas no somos libres. Estamos atrapados o estancados entre la vida y el..., bueno, el sitio al que deberíamos ir, que tampoco sé cuál es. Eso nos pasa cuando algo nos quedó pendiente y, para dejar de ser un alma en pena, que es otro modo de llamarnos a los fantasmas, tenemos que resolver ESO. Por ejemplo, Closidoro fue víctima de un crimen y busca venganza, aunque no sabe quién lo mató. Alfonso Olivares debe transmitir